

Revista Cultural de Toledo

Número 8 • Año 2025

ARCHIVO SECRETO



**ANGELINA BELOFF:
UN PÁJARO AZUL SOBREVOLÓ TOLEDO**

Rosario Romero Escribano

Angelina Beloff, incógnita, silenciosa, bajo un delicado velo casi siempre -un velo que iba muy bien a su espíritu- Angelina Beloff era la delicadeza trabajando la materia más dura y viril, en contraste con la labor de acuarelistas de casi todas las pintoras. Ante ella se hace necesario fijar bien este contraste de su obra con su ser dulce y débil, de voz delicada -a la que da un tono herido el que la emanación de los ácidos que trabajan las planchas del aguafuerte la ha atacado la garganta-, de ojos azules, de perfil fino y suavemente aguileño, toda ella delgada y vestida de azul -jersey azul en la casa y en la calle traje azul de líneas resueltas-, tan azul todo en ella, tan envoltentemente azul, que por eso, además de por su perfil, se la podría llamar el pájaro azul.¹

La pintora, grabadora e ilustradora Angelina Beloff, artista vigorosa y original, pasó una temporada en Toledo entre 1912 y 1913 junto a su compañero de entonces, el pintor mexicano Diego Rivera. Él despertaba el miedo de los vecinos, por esa risa que Ramón Gómez de la Serna describía como perteneciente a alguien que era capaz de cometer homicidios. Ella investigaba y trabajaba preparando materiales y cuidaba la casa de la calle del Ángel número 7, donde vivieron. Se habían conocido en Brujas en 1909 y decidieron casarse en el mes de junio de 1911.

Anghéline Bélova nació en San Petersburgo en 1879, en el seno de una familia culta que daba importancia a la educación por encima de todo. Sus abuelos maternos eran, ella sueca y él finlandés y Angelina se sintió siempre parte de una cultura más escandinava que rusa. Su padre era abogado, trabajaba en el Senado, en la Corte de Casación como empleado regular, trabajo con el que pudo mantener a su familia. Angelina asegura en sus *Memorias*² que fue su padre quien le inculcó un sentido de la justicia que no la abandonó nunca y que se ve reflejada en sus obras cuando se acerca a los ambientes y personajes humildes. La luz fue una aliada de sus recuerdos, las largas noches del norte en invierno y los largos días del verano, así como su íntimo vínculo con la naturaleza, presente en los bosques de Finlandia, donde la familia pasaba los tres meses de verano. Sabía navegar, un cuñado suyo la enseñó y tenía su propio barco de vela con el que navegaba por el lago, a veces en compañía de su madre a la que le gustaba pescar por horas interminables.

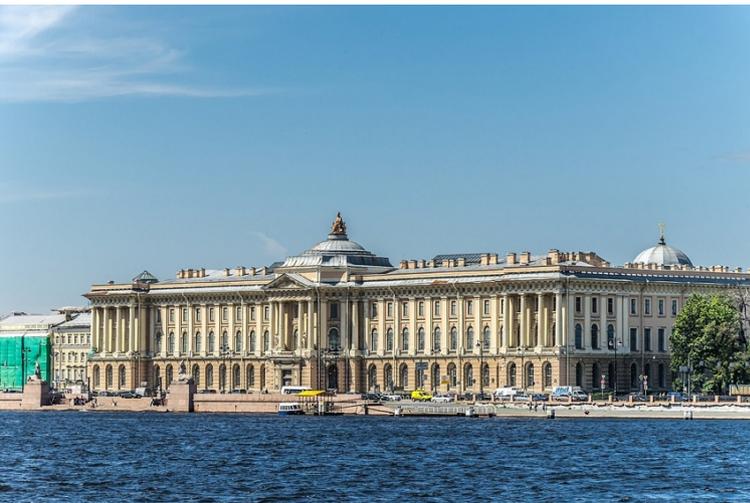
El padre de Angelina era su confidente, con él pasaba largas horas de paseo escuchando sus historias y fue él quien la inscribió en el Centro de Enseñanza Superior para Mujeres que se estableció en San Petersburgo en

1878. Fue de las pocas mujeres de la época que tuvieron acceso a una educación superior. Al mismo tiempo, se inscribió en una academia de pintura donde recibió sus primeras clases de copia de bustos en yeso y, al natural, de modelos desnudos. Llegó a matricularse en la Academia Imperial de Bellas Artes de San Petersburgo, pero las enseñanzas que allí recibía le parecieron anticuadas, "...la Academia de Bellas Artes continuaba con sus cascos y sus espadas"³. Sólo se quedó un año, ya que, a raíz de una huelga, la expulsaron junto a otros alumnos, aunque el título que recibió tras un examen de pedagogía le permitió, muchos años más tarde, ejercer en México como profesora.

La Academia Imperial de Bellas Artes otorga el presente certificado a Angelina Mijailovna Beloff (Belova), como testimonio de haber sustentado con éxito las pruebas de dibujo y pintura, así como de perspectiva, anatomía e historia del arte, efectuadas bajo la supervisión del Instituto Pedagógico del 15 al 25 de mayo de 1907, habiendo adquirido por tanto, el derecho de impartir la enseñanza de dibujo en planteles de Enseñanza Secundaria.⁴

Como la enseñanza en la Academia no le interesó, se inscribió en una academia particular propiedad de Osip Braz, pintor realista de prestigio, muy buen retratista (es famoso su retrato de Chejov, pintado en 1898, que se conserva en la Galería Tretiakov de Moscú). Fue su maestro quien la instó a marcharse a París, cosa que hizo en 1909, dos años después de que murieran sus padres.

En ese momento, el equipaje estético de Angelina Beloff estaba compuesto por el realismo, el folklore de su país, las luces del norte y el sentido de la justicia social. Con estos elementos y su formación académica, llegó al París de las vanguardias.



Academia Imperial de Bellas Artes de San Petersburgo. La sede es un magnífico edificio de Jean-Baptiste Vallin de la Mothe y Alexandre F. Kokórinof a orillas del río Neva



Taller de pintura de Ilya Repin. Sesión de posado con modelos. Academia Imperial de Bellas Artes, hacia 1900

Los primeros momentos en la ciudad fueron duros, extraordinariamente fríos. En un taller helado pasaba los días de febrero recordando con nostalgia su patria. Pero su amor hacia el arte la hizo perseverar. Pronto se matriculó en la Academia de Henri Matisse, pintor que abrió las puertas de las vanguardias en el Salón de Otoño de 1905, planteando una nueva expresión subjetiva



Osip Braz, *Retrato de Chejov*, óleo sobre lienzo 1898. Gallery Tretyakov, Moscú

de la realidad basada en el color. Sus obras le valieron el apelativo de *fauvista* (derivado de la palabra *fauve*, que significa fiera, animal salvaje), nombre con el que, a partir de ese momento, se conoció al movimiento y con el cual ha pasado a la Historia del Arte.

Angelina, que solo llevaba unos pocos meses en París, se sintió desconcertada por las ideas del maestro y por las ejecuciones de los alumnos. Era comprensible, ya que lo más moderno que había llegado a Rusia para esas fechas eran los ecos de la pintura impresionista y la radicalidad de los planteamientos de Matisse eran completamente nuevos para ella. A los dos meses cambió de academia y se matriculó en la academia Vittti, donde daba clases el pintor español Anglada Camarasa y donde conoció a la que iba a ser su gran amiga, la española María Blanchard. A través de ella conoció al que sería su pareja por 10 años, el mexicano Diego Rivera.

En 1907, becado por el Gobierno de Veracruz y con una sólida formación académica, Rivera llegó a Madrid para estudiar en el taller de Chicharro, un pintor realista



Matisse y sus alumnos en 1909



Matisse en una clase de posado con desnudo, hacia 1909

que gozó de fama y no pocas críticas (especialmente de parte de Valle Inclán)⁵. Con Chicharro recorrió varios lugares de España (Ávila, Toledo, Lekeitio) donde pintó y profundizó en su mirada hacia el paisaje; también participó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1908, llamando la atención de Ramón Gómez de la Serna:

Desde luego, el joven americano Rivera descuella decisivamente. Su Catedral de Ávila, trabajada en la sombra de sus naves, sin perderse en suciedades de colorido, pétrea, hecha á forja, edificada, con perspectivas, iluminada en lo alto por un vitral de colores, que no son chillones por lo bien armonizados que están con el ambiente y la luz que tamizan es un acierto.⁶



Anglada Camarasa en su clase en la Academia Vitti, hacia 1909



María Blanchard

En 1909, Diego Rivera viajó a París y se instaló en Montparnasse, el centro de la modernidad artística, donde conoció, entre otros, a Modigliani, Picasso, Léger y Braque.

María y Angelina habían decidido viajar a Brujas aquel verano de 1909, donde se encontraron con un amigo de María en un viejo café. Era Diego Rivera, al que María había conocido en Madrid en 1907, probablemente en sus muchas visitas al Museo del Prado. Fue así como Diego Rivera, Enrique Friedman (ambos mexicanos), María Blanchard, Vladislava, una pintora polaca que habían conocido en París, y la propia Angelina Beloff, se convirtieron en un grupo de amigos que viajaron y pintaron por Brujas, Gante y llegaron a Londres.

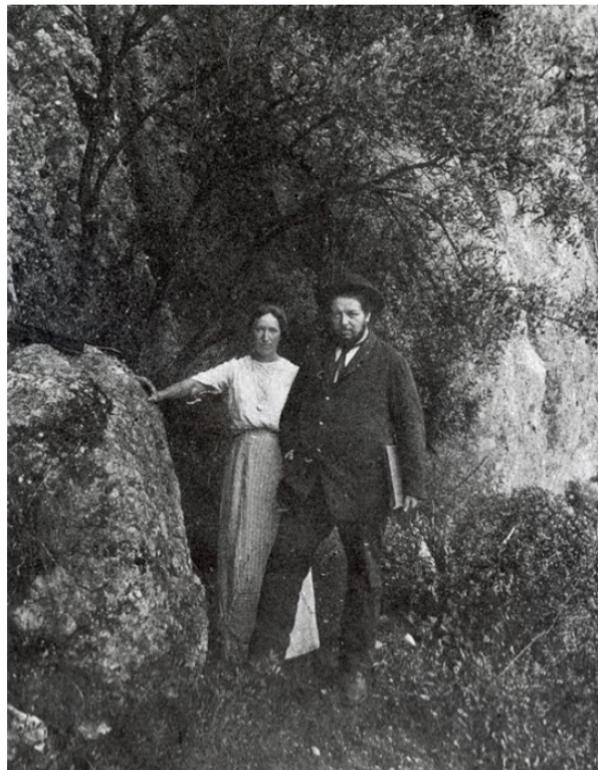
Angelina y Diego recorrían los museos londinenses, donde los comentarios sobre pintura que hacía Diego acrecentaban el interés de Angelina, que percibía su inteligente manera de mirar el arte y, a través de él, descubría artistas que ella no conocía. Le impresionaron de manera especial las alabanzas de Diego hacia El Greco, que para ella fue una revelación. Así, a través de la admiración, Angelina aceptó ser la pareja de Diego, él tenía 23 años y ella 30.

Diego expuso en París en el Salón de los Independientes en 1910, entre otras pinturas, *La casa sobre el puente*. Angelina y Diego habían trabajado el mismo tema, durante su estancia en Brujas, él una pintura y ella un grabado.

Trabajamos juntos La casa sobre el puente, que hoy día se encuentra en el Museo de Arte Moderno de México. Diego lo pintó; yo lo dibujé y, después del dibujo, hice un grabado al aguafuerte y aguatinta sobre metal.⁷

El tema abordado en ambas obras es idéntico, sin embargo tanto la técnica como la manera de abordar la realidad, demuestra que cada uno de ellos tiene su propia voz. Diego recoge en su óleo ecos de los maestros flamencos, su interés por los volúmenes, pero especialmente su interés por captar la luz y los efectos de la luz en el agua de una manera objetiva. El grabado de Angelina es más expresionista, se detiene en las nubes, resueltas con líneas curvas que hace que resulten amenazantes, las sombras del árbol y los reflejos en el agua están definidos por líneas sinuosas de gran expresividad, enfatizada por los negros, blancos y grises propios del grabado.

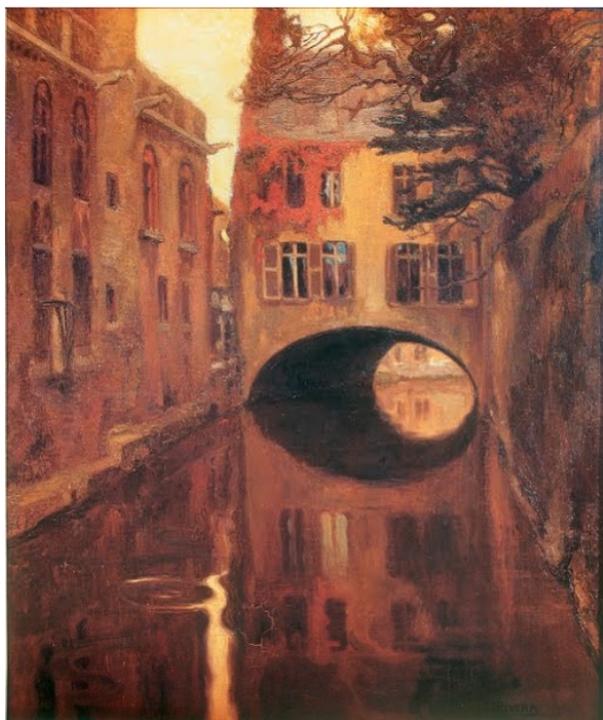
En sus *Memorias*, Angelina dice que aprendió la técnica del grabado en metal en París, con un profesor in-



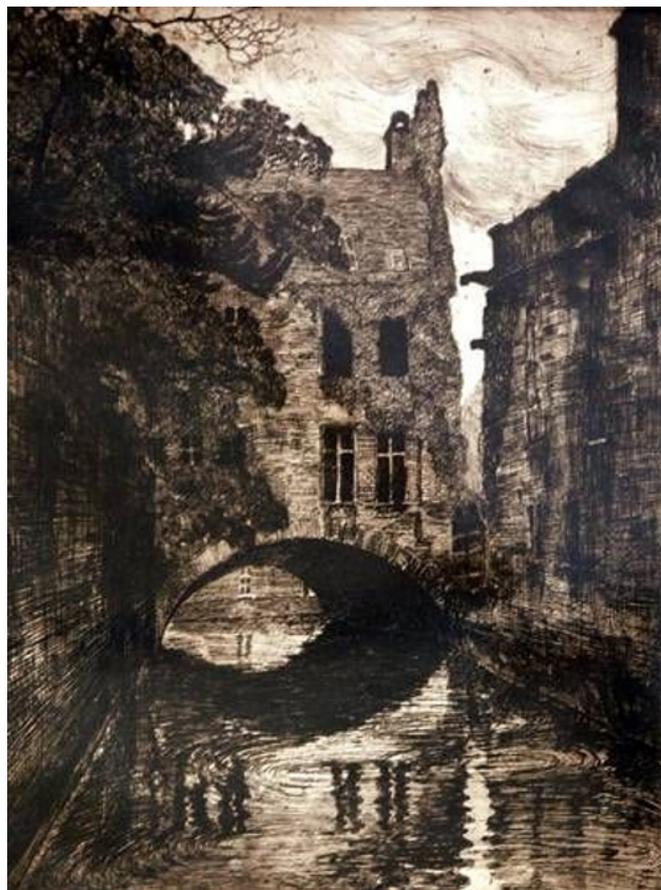
Angelina Beloff y Diego Rivera en Brujas en el verano de 1909

gles que le enseñó aguafuerte, aguatinta y barniz blanco. El hecho de que la artista fuera grabadora, llamó la atención de Ramón Gómez de la Serna, que en su artículo *Riverismo* define el grabado como una técnica viril, nada habitual entre las mujeres artistas que, según él, preferían la acuarela. Lo cierto es que para esos años pocas eran las mujeres grabadoras en el panorama artístico, excepto algunas excepciones como la alemana Käthe Kollwitz.

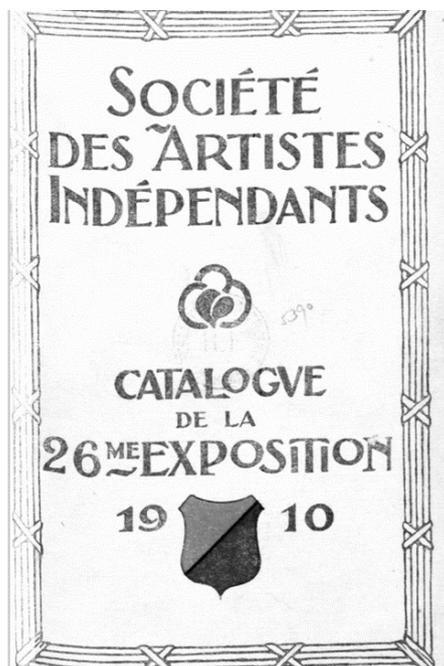
Tras una separación en 1910, en la que Diego viajó a México y ella a Rusia, volvieron a encontrarse en París, donde se casaron en 1911. “Era una mujer bondadosa, sensitiva, y casi increíblemente decente. Para su desgracia, Angelina llegaría a ser mi mujer”⁸. Durante su viaje a México, Rivera hizo su primera exposición individual en la que presentó un hermoso retrato de Angelina que hoy se encuentra en el Museo de Arte de Veracruz. A través de la mirada de Diego, podemos apreciar el aire melancólico y sereno de la bella Angelina, tal y como la describió Ramón Gómez de la Serna, “incógnita, silenciosa, bajo un delica-



Rivera, Diego: *La casa sobre el puente*, óleo sobre lienzo, 1909. Museo Nacional de Arte de México. Pintura admitida para la Exposición de la Sociedad de Artistas Independientes de 1910, de París, comprada después por el gobierno de México



Beloff, Angelina: *La casa sobre el puente*, aguatinata sobre metal, 1909. Colección Juan Hurtado, México



Portada del catálogo de la Exposición de la Sociedad de Artistas Independientes de 1910

do velo". Ensimismada, jugando con las cuentas transparentes de un collar, nos transmite una especie de nostalgia enfatizada por la paleta fría que la envuelve, paleta en la que dominan los tonos azules, tan azules como sus ojos.

Después de su boda, viajaron a Normandía, pero pronto Diego decidió viajar a España. "La descripción que me había hecho de España me asustaba un poco". Primero viajaron por Cataluña y, después, se fueron a Toledo.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, la figura de El Greco había sido reivindicada por instituciones como el Museo del Prado, que adquirió su primer greco en 1830 (*La Trinidad*, procedente del convento de Santo Domingo el Antiguo) y por artistas del prestigio de Manet, Degas, Mary Cassat, entre otros, que vieron en Toledo la esencia del arte de El Greco y su camino abierto hacia la modernidad.

Ya entrado el siglo XX, artistas como Zuloaga, Madrado, Picasso o los alemanes expresionistas de Der Blaue Reiter, siguieron profundizando en la atención prestada a El Greco en el siglo anterior. A ello se sumó la publicación en 1908 del tratado de Cossio que fue seminal para conocer la vida y la obra del cretense. La influencia de El Greco sobre las vanguardias se fue extendiendo fuera de las fronteras españolas. Museos y coleccionistas de Francia, Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos, fueron enriqueciendo sus colecciones con obras del pintor que pasó a ser considerado el padre de la pintura moderna.

Había que peregrinar a Toledo, llevar a cabo una purificación espiritual y vivir, experimentar, la ciudad que había sido la sabia de una construcción mística interior del admirado artista, con quien se sentían emparentados tantos artistas modernos, a pesar de los siglos que los separaban. Entre ellos estaba el pintor mexicano Angel Zárraga, asiduo de la tertulia de Valle Inclán en el Café Levante de Madrid. Valle y sus amigos viajaban a Toledo con frecuencia, para quien la ciudad era eternamente evocadora. Animaba a los contertulios artistas a arrodin-

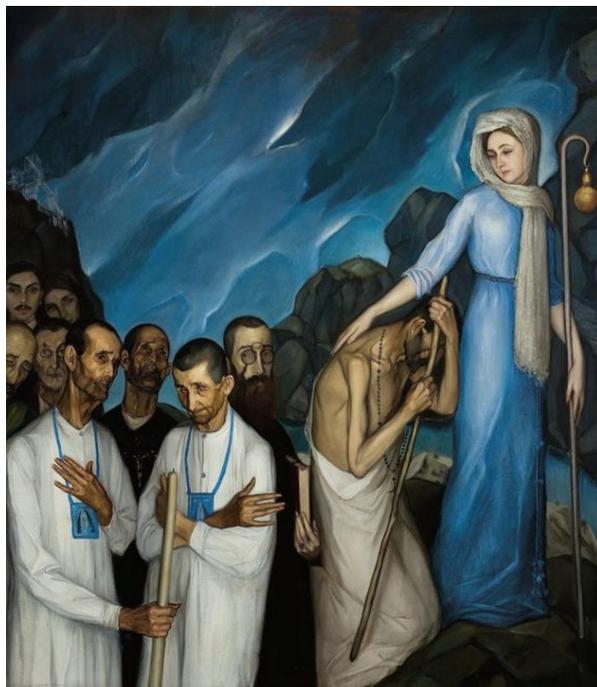


Rivera, Diego: *Retrato de Angelina Beloff*, óleo sobre lienzo, 1909. Museo de Arte del Estado de Veracruz. Este retrato fue presentado en la primera exposición individual que hizo Diego Rivera en México en 1910

llarse ante *El entierro del Señor de Orgaz* por la noche, bajo la luz de la luna.

*Toledo es una vieja ciudad alucinante. Yo he sentido bajo sus arcos que se desmoronan el paso de la muerte, la densidad de los siglos, el fluir continuo de las horas como la arena de un reloj ... Las crónicas, las leyendas, los crímenes, los sudarios, los romances, toda una vida de mil años parece que se condensa en la tela de una araña, en el huso de un viejo, en el vaivén de un candil. Sentimos cómo en el grano de polvo palpita el enigma del Tiempo. Toledo es alucinante con su poder de evocación. (...) Toledo tiene ese poder místico: Alza las losas de los sepulcros y hace desfilar los fantasmas en una sucesión más angustiosa que la vida.*⁹

Zárraga participó en varias ocasiones de esos viajes a Toledo, dejando constancia artística de ellos en varias obras, una de ellas, realizada entre 1908 y 1912, llamada *Peregrinación*, que hoy se conserva en la embajada de México en París. Se trata de una pintura que destila misticismo, tanto por sus personajes como por el ambiente dominado por tonos azules, que crean una atmósfera como de ensueño. Un grupo de personas, entre las que reconocemos al propio Zárraga y a Valle Inclán, avanzan en procesión siguiendo una virginal figura fe-



Zárraga, Ángel: *Peregrinación en Toledo*, óleo sobre lienzo. 1912. Embajada de México en París

menina. Las manos alargadas y los rostros perfectamente individualizados nos hablan de la admiración del artista hacia El Greco y del impacto que en él causaba la contemplación de sus pinturas.

No solo Zárraga sintió esa epifanía toledana, otros artistas mexicanos se sintieron atraídos por El Greco y su ciudad, tales como Enrique Freidman y el propio Diego Rivera, que ya en 1910 le había escrito a Angelina desde Madrid, el 10 de septiembre, una carta en la que, conmovido, le explica su visita al Museo del Prado y le comentaba que ante las pinturas de El Greco su alma había conocido algo nuevo. Le decía que Velázquez le había dejado ‘indiferente, frío y triste,’ pero al sentarse en un banco, miró las pinturas de El Greco.

Me sentía destrozado por mi reacción ante Velázquez, pero miré hacia adelante con los ojos y hacia dentro con el espíritu, y lentamente empecé a ver más allá, y vi la ascensión, el descenso, la crucifixión. Y entonces mi espíritu vio más allá de eso y, a través de la sinfonía de colores y sentimientos, descubrió las profundidades que se entretienen con los misterios de los cuadros del Greco. Así que, esposa mía, en ese momento me di cuenta de que mi alma sentía algo nuevo. Comprendí que en realidad había estado pasando por delante de aquellos cuadros como un admirador ignorante, que no había conseguido entender su alma.

Hasta entonces yo había ignorado al Greco, el más sublime de los pintores, el mayor en espíritu [...] Todo cuanto uno pueda sentir o dejar de sentir, estaba allí, en los cuadros del Greco, cuyos colores yo conocía con todo detalle, pero que en realidad no entendía. Y de pronto, niña, ¡el Pentecostés, el descenso del Espíritu Santo! Sentí que un espíritu descendía sobre mí y me llenaba con el fuego de una gran belleza, de los sentimientos más sublimes del más allá. Y me di cuenta de que estaba entendiendo el Pentecostés del Greco porque tu elevado espíritu había descendido sobre mi alma. Fue la emoción más intensa que jamás he sentido ante una obra de arte, solo comparable a cuando contemplaba contigo un Rembrandt, un Turner, un Botticelli, un Paolo Uccello o un Piero della Francesca, pero esta vez el sentimiento era aún más intenso, porque tú, no solo estabas a mi lado, sino que estabas dentro de mí, y porque el Greco es quizá el más grande entre los grandes. El sentimiento que me produjo fue tan intenso que hasta se me notó físicamente, y un amigo mío se me acercó y

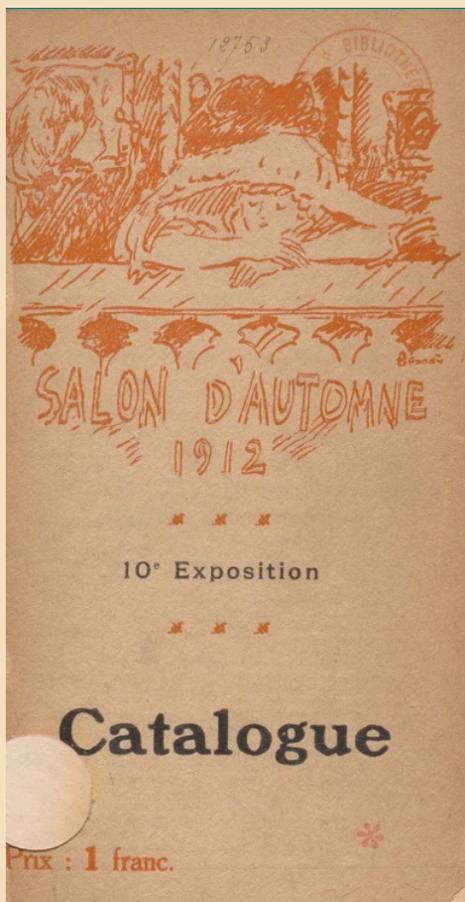
me preguntó si me encontraba bien.¹⁰

No es de extrañar, que tras esta profunda impresión, Diego Rivera quisiera viajar a Toledo para ver en primera persona y junto a Angelina, las obras de El Greco. Así, en septiembre de 1911, viajaron a la ciudad, volvieron en otoño de ese año y tanto les impactó, que decidieron pasar allí una temporada. Era el verano de 1912.

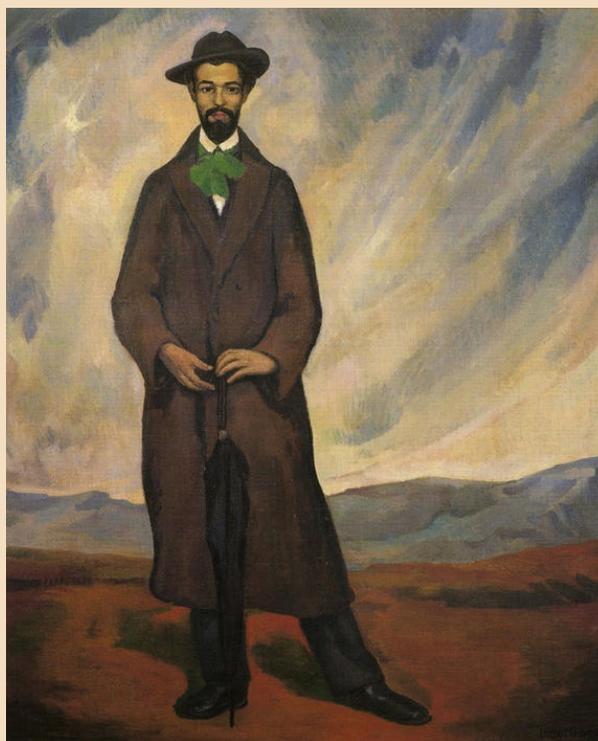
El número 7 de la calle del Ángel fue la casa donde Diego y Angelina se alojaron. Coincidieron en Toledo con los mexicanos Angel Zárraga y Enrique Freiman (cónsul mexicano en París) y el artista polaco Leopold Gottlieb. En sus *Memorias*, Angelina describe esta época como una etapa feliz:

En aquella época vivíamos felices, trabajando y paseando. Nos veíamos con nuestros amigos los Zárraga y los Feymann (sic.); hablábamos de pintura, de sus problemas y dificultades, y discutíamos de otros muchos temas más, que a su vez, traían a colación otros problemas... No conocíamos a nadie en la ciudad, habitada en su mayoría por militares, cadetes de la escuela militar de Toledo y sus respectivas familias. Nuestras únicas relaciones, fuera de los amigos, era nuestra sirvienta, Vicenta, que me enseñaba cocina española, y su familia. Era gente sencilla, con una dignidad y un tacto exquisito. Venían a visitarnos después de su jornada de trabajo (el hijo trabajaba en la construcción de una planta eléctrica y debía permanecer en el agua durante varias horas). Conversábamos amigablemente y en una ocasión nos invitaron a cenar a su casa; aquella reunión fue sencilla y sumamente agradable, pues nunca hubo una manifestación de servilismo por su parte. Creo que el pueblo español ha conservado sus nobles tradiciones y su dignidad con mucho más celo que la clase media o la aristocracia.¹¹

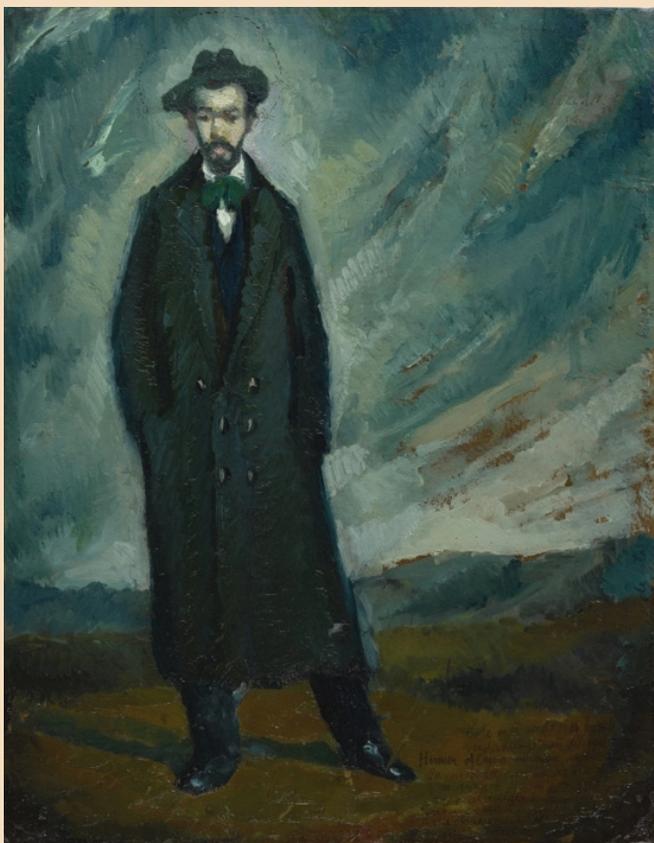
En el otoño de 1912 Diego Rivera participó en el Salón parisino de ese año, con dos obras: *El cántaro* y *Retrato de un español* (ambas en colecciones particulares). Los dos lienzos evidencian una influencia de la pintura de El Greco: figuras de canon alargado, celajes resueltos con pinceladas llenas de expresividad gestual y, especialmente en el boceto del retrato, se aprecia una paleta en tonos azules y verdes que remite a la paleta de El Greco. La influencia de Zuloaga, otro admirador de El Greco, también es obvia.



Portada del catálogo del Salón de Otoño de 1912



Rivera, Diego: *Retrato de un español*. Alsina, óleo sobre lienzo, 1912. Presentada en el Salón de Otoño de 1912. Colección particular



Rivera, Diego: boceto para el *Retrato de un español*, óleo sobre madera. 1912. Procedente de la colección de Hermenegildo Alsina Munne a quien conoció en el Café de Levante en Madrid hacia 1909



El Greco: *San San Bernardino*, óleo sobre lienzo, 1603. Museo del Prado, Madrid



Zuloaga, Ignacio: *El Anacoreta*, óleo sobre lienzo, 1904. Museo D'Orsay, París

Angel Zárraga participó en el Salón de Otoño de ese año con una pintura (*Rue Coëtlogon*) y Leopold Gottlieb con tres retratos, uno de ellos, de Diego Rivera en el que aparece sentado, con su enorme presencia, representado en tonos amarillos y ocre.

Mientras Diego viajó a París para la Exposición, Angelina se quedó en Toledo donde el invierno se presentó frío:

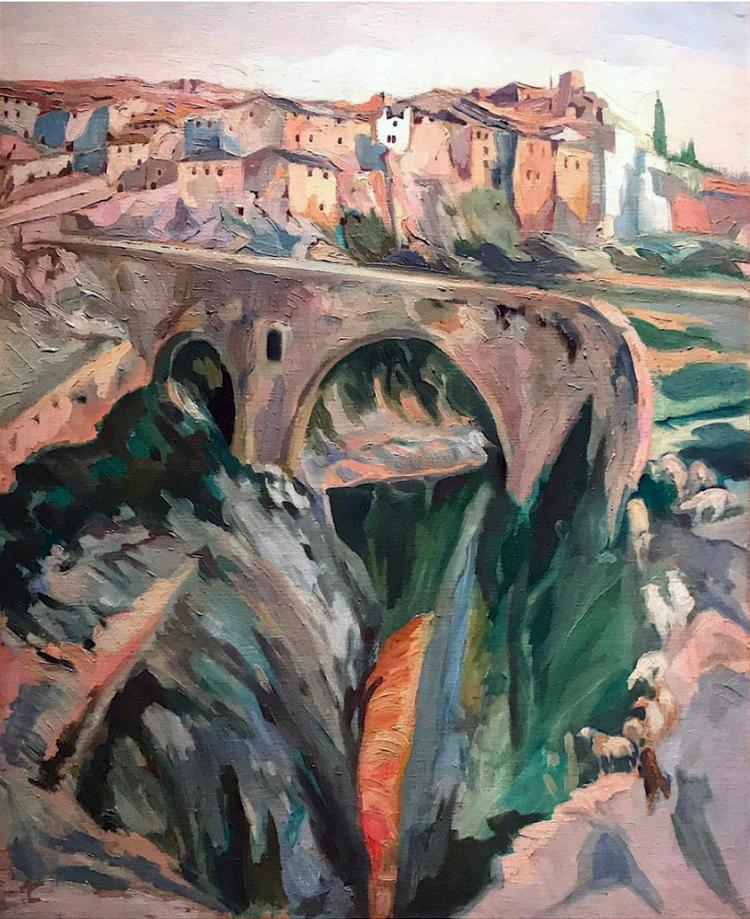
Por las noches hacía un frío terrible, pero en nuestra casa había habitaciones para el verano y habitaciones para el invierno. Así pues, cerramos las de verano, donde no daba el sol y vivimos en las que el sol hacía de calefacción natural. También teníamos una chimenea hecha con placas de fierro (sic), revestida en su inte-

rior de ladrillo, que llamábamos "la chimenea francesa". Quemábamos grandes troncos de encino o de viejos olivos y para entrar en calor molía mis colores sobre la placa de mármol que cubría la chimenea.¹²

Diego se quedó en París tres meses mientras ella trabajaba y lo extrañaba: "Se olvidaba de todo cuando se juntaba con sus amigos pintores y si no es por Mucha¹³ que lo puso en un tren, no sé hasta cuándo se hubiera acordado que lo estaba esperando en Toledo".

Por sus *Memorias*, sabemos que tanto Diego como ella salían al exterior a pintar *au plain air* o a dibujar y tomar apuntes de las calles y los paisajes de la Vega, que ella identifica como "una llanura arenosa salpicada de dunas color de oro desde donde se veía toda la ciudad en lo alto rodeada de murallas". En aquellos momentos ambos pintaron grandes paisajes de Toledo sobre tela de lino. Algunos, desgraciadamente, desaparecieron debido a la escasez económica que sufrieron en París, donde Angelina lavó las telas y las cortó. De esos paisajes se conserva un óleo en el Museo Blaisten, en México, titulado *Vista de Toledo*. Se trata de una pintura realizada con una gran fuerza expresiva, enfatizada por las pinceladas gestuales de capas de óleo muy gruesas. Al fondo, el caserío resuelto con colores ocre y algunos toques verdes y grises. Impresiona el torrente del río y en el borde un rebaño de ovejas, hecho a base de manchas, a las que dota de fuerte movimiento y dinamismo.

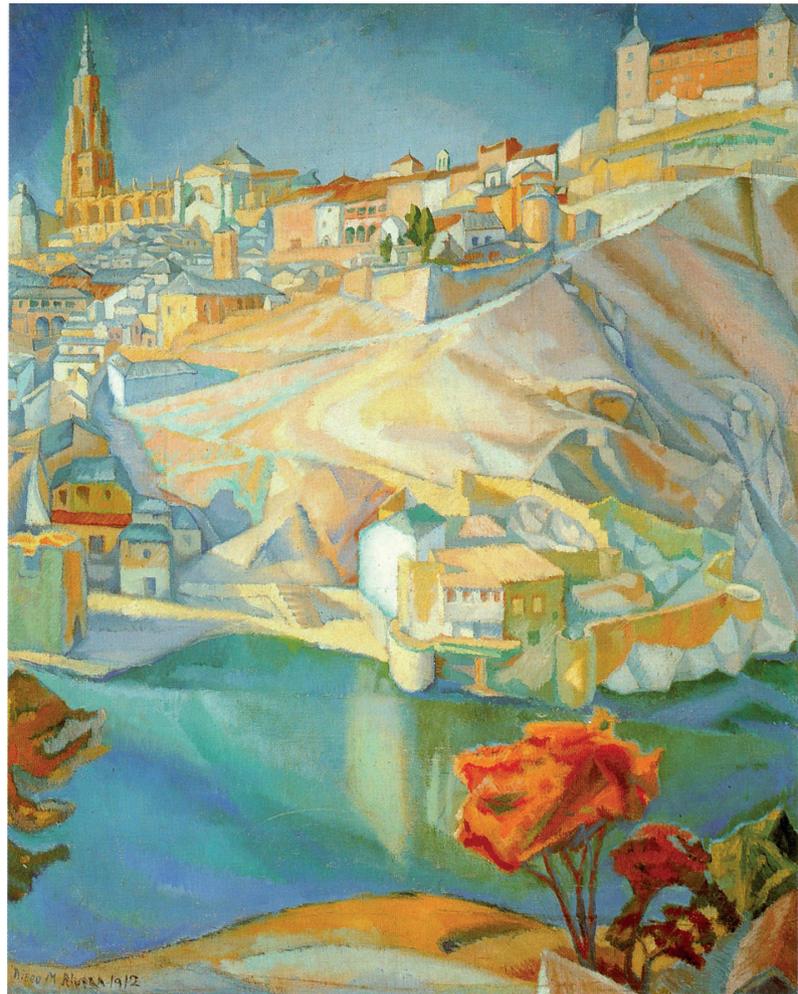
Es interesante comparar esta *Vista de Toledo* de Angelina con dos pinturas de Diego Rivera, realizadas también durante su estancia toledana. Me refiero a la muy famosa *Vista de Toledo* de 1912 que se conserva en el Museo Amparo, en Puebla, y *El Puente de San Martín* de 1913 en el Museo Blaisten. Las pinturas de Diego tienden a la geometrización de las formas, aspecto que denota su interés en las teorías cubistas por las que el pintor comenzó a transitar por estas fechas. La *Vista de Toledo* evidencia, además, el análisis que hace de la ciudad a partir de la mirada de El Greco. Como se aprecia en la comparación de estas pinturas, la *Vista* de Angelina es más expresiva, subjetiva y emocional que las obras de Rivera, más analíticas y calculadas, mucho menos espontáneas que las de su compañera. En cuanto a la paleta de color, Angelina la usa como un elemento más de la expresividad y el sentimiento con el que se acerca a la realidad. En *El Puente de San Martín* Rivera usa una paleta monocromática, propia del cubismo analítico con el que está experimentando en este momento.



Beloff, Angelina: *Vista de Toledo*, óleo sobre lienzo, 1913. Museo Blaisten, Ciudad de México

Si, como dice John Berger en su ensayo *Sobre el dibujo*, dibujar es descubrir, Angelina Beloff descubrió Toledo porque miró la ciudad, la diseccionó en sus dibujos de una manera profunda, recorriendo con cada marca hecha en el papel su espíritu. No existe un buen grabado si previamente no existe un buen dibujo para ser llevado con absoluta precisión a la madera o al metal. Pero un dibujo es también una obra íntima, en la que el artista se relaciona con el objeto representado sin el compromiso que comporta una pintura, que nace con la vocación de ser una obra acabada. Seguramente, podríamos afirmar que el dibujante se convierte en un observador libre, libertad que transmite al espectador, quien recibe el dibujo como quien recibe un testigo de lo observado por el artista. Los dibujos realizados en Toledo y de Toledo por Angelina Beloff tienen, como dijo Ramón Gómez

Rivera, Diego: *Puente de San Martín*, óleo sobre lienzo, 1913. Colección Blaisten, Ciudad de México



Rivera, Diego: *Vista de Toledo*, óleo sobre lienzo, 1912. Museo Amparo, Puebla

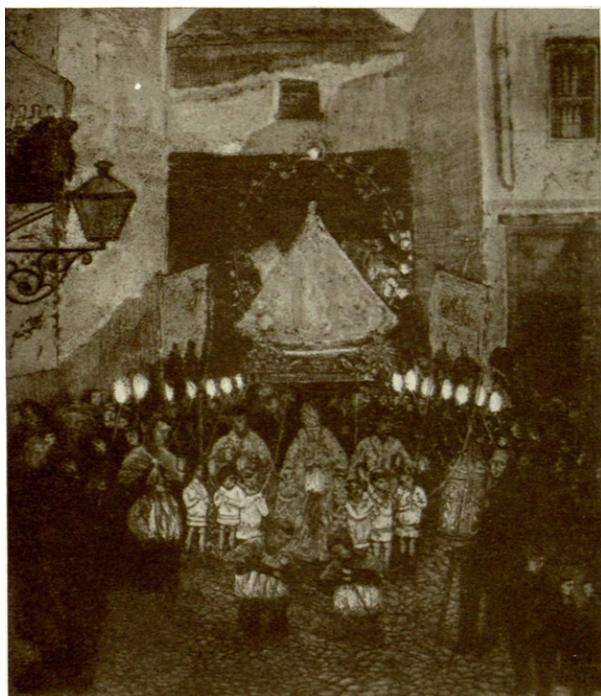
de la Serna, sentimiento, trabajo y comprensión, pero además, tienen dolor porque no tienen el consuelo del color ni del cielo:

*Quién sabe si no es a esas noches blancas del Norte, noches de poco color y de mucho claro-oscuro a las que yo debo mi predilección por el aguafuerte, predilección acentuada por los paisajes severos de Finlandia en donde pasaba los veranos y donde una amiga mía pintora, llena de una gran sensibilidad para los colores, decía que no hallaba colores, que lo hallaba todo gris.*¹⁴

Angelina se dedicó a hacer dibujos que se convertían en grabados de excepcional calidad como *Procesión en Toledo*. Este grabado, formó parte de la exposición homenaje que se celebró en 1967, presentada por el Instituto Nacional de Bellas Artes, en el Palacio de Bellas Artes de México entre marzo y abril de ese año. Para ese momento, formaba parte de la colección particular de la artista, que vivía en México desde 1932.

De *Procesión en Toledo* se hizo eco en 1918 Margarita Nelken en la revista *Museum*:

La «Procesión» se mueve; y no se mueve sólo por sus figuras, por sus grupos, se mueve por sus formas generales, por sus sombras, sus luces y su perspectiva. Se vé



Beloff, Angelina: *Procesión en Toledo*, aguafuerte. Publicado en una artículo de Margarita Nelken en 1918 en *Museum*

*lejos y se vé profundo en esta obra. Se vé múltiple. Pero todo este movimiento y toda esta amplitud de atmósfera se someten a una unidad indefinible y precisa. En esta «Procesión», al parecer tan complicada, y en realidad tan sencilla, porque es sentida, comprendemos el equilibrio que preside todas las composiciones de Angelina Beloff y que hace tan enteras y tan ordenadas todas sus creaciones.*¹⁵

En *Los Lunes del Imparcial* el 19 de junio de 1921, Nelken volvió a comentar sobre este grabado casi en los mismos términos que lo hizo en *Museum*:

[...] *la «Procesión», que encierra un universo entero de instintos y de sensaciones y que se mueve, no sólo por sus figuras y sus grupos, sino también por sus formas generales, por su perspectiva, sus luces y sus sombras y que en su aparente complejidad ostenta, mejor que ninguna otra obra, el equilibrio que preside todas las composiciones de Angelina Beloff y las hace tan ordenadas y tan enteras.*¹⁶

El artículo de *Museum* incluye, además de *Procesión*, tres ilustraciones de grabados de Angelina sobre Toledo. Sobre estos grabados Margarita Nelken dice que la grabadora sigue la tradición rusa en la forma potente, apasionada y vibrante de trabajar la línea, en sus trabajos aprecia una “nerviosidad” llena de subjetividad. Uno de los grabados que comenta en el artículo es *La visión de Santa Teresa*, obra a la que considera “la materialización absoluta, la más desenfrenada y la más estrecha de una hiperestesia”. Es para Nelken una obra temperamental sin vacilaciones ni regateos, una obra en la que la artista se compenetra con el carácter español al que denomina de hermano del eslavo. Ambos son temperamentos vibrantes, así lo demuestran obras de artistas rusos como Rimsky Korsacoff “que ha sabido profundizar en unos cuantos ritmos el ritmo de España”. El paso de Angelina por Toledo le parece a la autora esencial, ya que Toledo es “un relicario del alma española” alma que se transmite a sus obras y ello es posible porque esa esencia Angelina la lleva dentro y no mira el entorno como lo haría una simple turista. Los grabados de Angelina se alejan de las representaciones pintorescas que nos dieron otros artistas extranjeros, no son fantasías pasajeras del que hace un viaje para olvidarlo, son representaciones que captan la esencia y la verdad de un pueblo.

La Visión de Santa Teresa también está reproducido en la revista *Gil Blas*, en el artículo de Ramón Gómez de



Beloff, Angelina: *La vision de Santa Teresa de Jesús*, aguafuerte. Publicado en un artículo de 1915 de Ramón Gómez de la Serna en *Gil Blas*

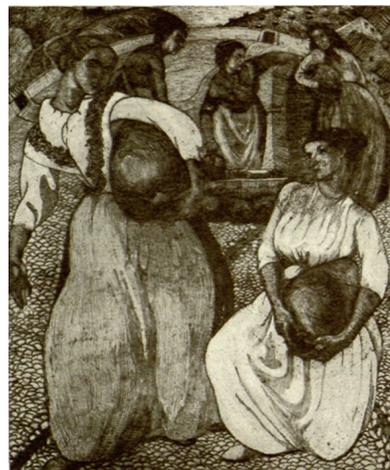
la Serna, *Angelina Beloff*, del 22 de julio de 1915. Es un grabado en madera cuyo eje central lo ocupa la santa con los brazos abiertos y rodeada de ángeles, el fondo de la escena es la ciudad de Toledo. Se trata de una vista de la ciudad no objetiva, en absoluto mimética y, al mismo tiempo, totalmente reconocible, ya que apreciamos la morfología de Toledo y sus monumentos más emblemáticos. La artista nos transmite una experiencia maravillosa y fantástica, la de la Santa, en la que percibimos su más pura e íntima emoción.

Otro de los grabados a los que alude Margarita Nelken es *Mujeres* a las que califica como “magníficas en su fealdad”, para ella, este grabado es “una de las obras más atrevidas y más incontestablemente sinceras del arte moderno”. Comparemos este grabado de Angelina con una pintura de 1913 de Diego Rivera que se conserva en el Museo Dolores Olmedo y que se titula *Fuente de Toledo*. Ambas obras tratan un tema idéntico, pero acometido de manera muy diferente, no solo diferente

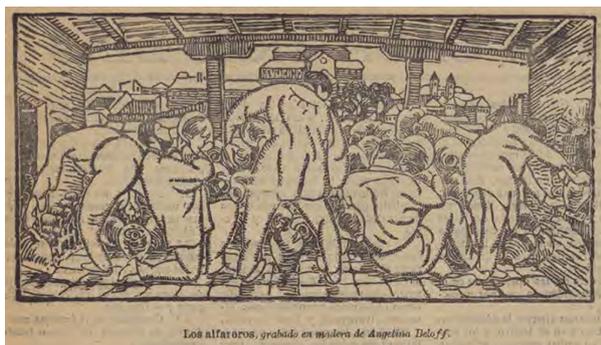
por el medio, sino, especialmente, por la manera en que abordan la realidad. La obra de Diego denota una gran preocupación por la forma y el color, es una pintura con ecos cubistas y fauvistas, perfecta en la composición equilibrada, que permite una lectura clara del tema, que el espectador contempla de manera casi aséptica. La composición se abre para introducirnos en un paisaje guiados por un caballo rojo que ocupa el centro. Por su parte, el grabado de Angelina introduce al espectador en el trájín esforzado de las mujeres que llevan pesados cántaros de agua y nos habla de manera emocionante y emocionada de esas figuras imponentes. Estamos dentro, y somos observadores implicados de manera inevitable del ajetreo de las mujeres que ocupan toda la escena. Aquí el paisaje es anecdótico, aunque está resuelto de manera impecable desde el punto de vista técnico, con todos y cada uno de los elementos minuciosamente detallados. Angelina vuelve a manifestarse aquí como una artista emocional, solidaria y sensible.



Rivera, Diego: *Fuente de Toledo*, 1913. Museo Dolores Olmedo, Ciudad de México



Beloff, Angelina: *Mujeres en la fuente*, aguafuerte. Publicado en una artículo de Margarita Nelken en 1918 en *Museum*

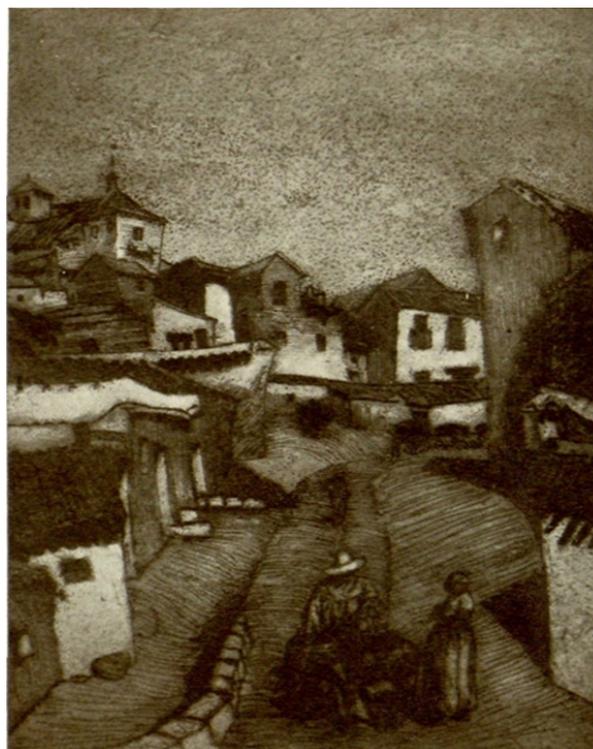


Beloff, Angelina: *Los Alfareros*, grabado en madera. Publicado en 1915 en un artículo de Gómez de la Serna en *Gil Blas*.

Los Alfareros es un grabado en madera en el que Angelina nos ofrece, en primer plano, las diferentes acciones de los hombres que llevan a cabo la labor. Al fondo, se aprecia la ciudad de Toledo con algunos edificios reconocibles. Las diferentes posiciones de las figuras aportan dinamismo al grabado y denotan un interés de la artista en representar de manera detallada el proceso de creación de los cacharros de barro que se almacenan con descuido.

La Calle es otra de las obras que comenta Margarita Nelken en el artículo de *Museum*, a la que la autora califica de “ingenua, primitiva, directa e instintiva”. Aunque se trata de una obra impecable desde el punto de vista técnico, destaca en ella la fuerza, la pasión y la sensibilidad de la artista. Es decir Angelina, una vez más, pone la técnica al servicio de la emoción. Las luces y las sombras, propias del grabado, se usan como un recurso que enfatiza la subjetividad con la que está tratado el tema.

Interior, un aguafuerte que Margarita Nelken sitúa en Toledo, aparece en el referido artículo de la revista *Museum* y posteriormente fue publicado el 25 de febrero de 1922 en la revista *Floréal* con el título *La Laveuse* (*La Lavandera*). En este grabado se aprecia la maestría técnica, exquisita, que ha alcanzado Angelina Beloff. La mujer representada de perfil y vestida con falda larga, camisa remangada y mandil ajustado a la cintura, lava un recipiente mientras esperan otros de diferentes formas y tamaños. Una gran tinaja de barro tapada con una tapadera de madera sobre la que descansa una cesta de mimbre y una silla, ocupan el primer plano. Es impresionante advertir las diferentes calidades matéricas que extrae la artista con su buril. La perspectiva está perfectamente resuelta en todo el interior y enfatizada con las

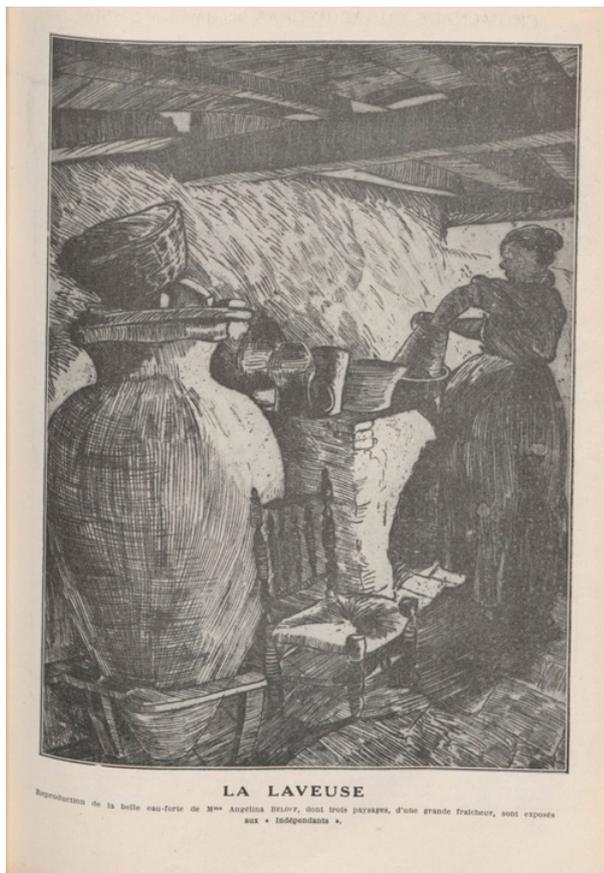


Beloff, Angelina: *Calle de Toledo*, aguafuerte. Publicado en un artículo de Margarita Nelken en 1918 en *Museum*

vigas del techo y con el suelo. Esta obra demuestra un amor inmenso por la materialidad de su arte, un amor y una maestría que pone una vez más al servicio de la expresividad y la fuerza narrativa de la escena.

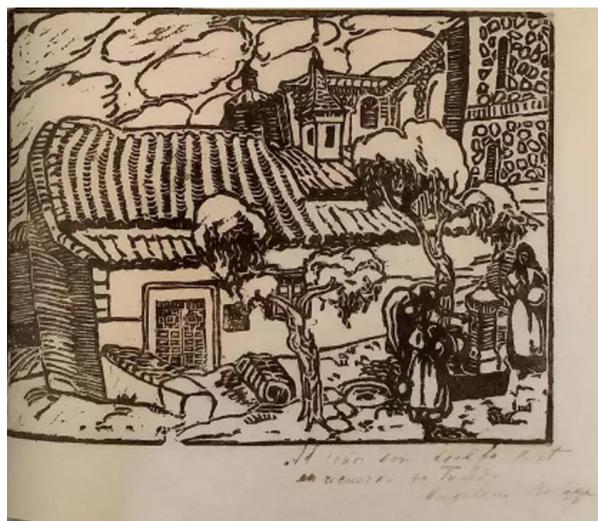
Es conmovedor un dibujo a pluma de una vista de Toledo, fechado en 1913, que fue reproducido en la primera edición de sus memorias publicada en México en 1986 por la UNAM. El paisaje que Angelina acomete en este dibujo tiene como protagonista a la ciudad, con sus monumentos perfectamente identificables, detallados de manera minuciosa. El espectador se siente partícipe de una realidad que es simplemente un apunte en un papel, pero ese apunte es capaz de regalarnos una ilusión que nos invita a pasear entre los árboles del primer término.

En la exposición *Trazos de una vida* que se celebró en 2012 en el Museo Mural Diego Rivera en México, se presentó un grabado dedicado a su amigo Adolfo Best, firmado y descrito como “en recuerdo de Toledo”. Es una plaza con una fuente en la que unas mujeres recogen agua. La arquitectura toma protagonismo, especialmente en el trata-



Beloff, Angelina: *La Laveuse*. Página de la revista *Floreal* del 25 de febrero de 1922. Margarita Nelken dice que es el interior de una casa en Toledo

miento de las calidades de los materiales de construcción: las tejas de los tejados, la mampostería en los muros, los casetones de la puerta de madera, también en el empedrado de la calle. Todo ello produce un espacio claustrofóbico, muy cerrado, enfatizado por unas monótonas nubes que componen el celaje. Adolfo Best, artista mexicano autor de un método de dibujo, que incursionó en el cine y en el diseño, fue una persona muy cercana a Angelina y a Diego durante su estancia en París. Diego realizó un hermoso retrato de él que se conserva en el Museo Nacional de Arte de México, llamado *Joven en el balcón*.

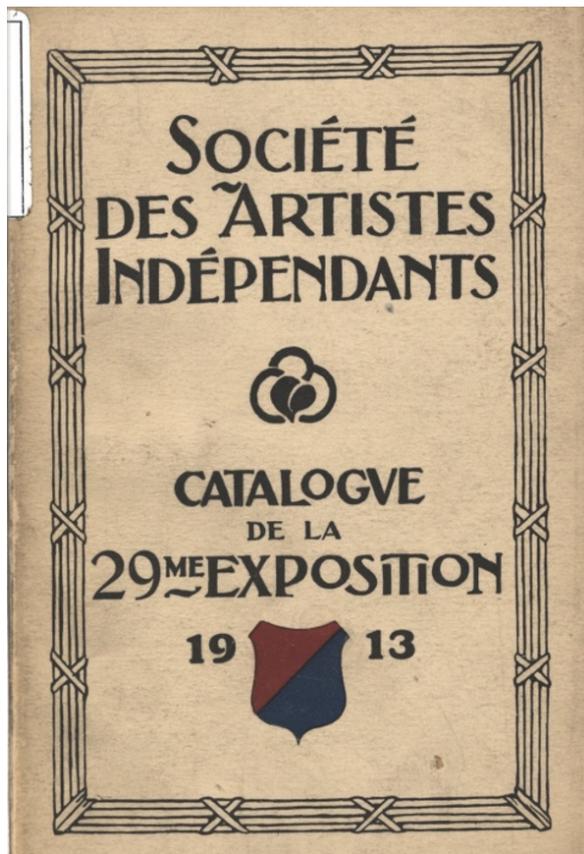


Beloff, Angelina: *Recuerdo de Toledo dedicado a Adolfo Best*. Se presentó en la exposición *Trazos de una vida* en el año 2012 en el Museo Mural Diego Rivera, Ciudad de México

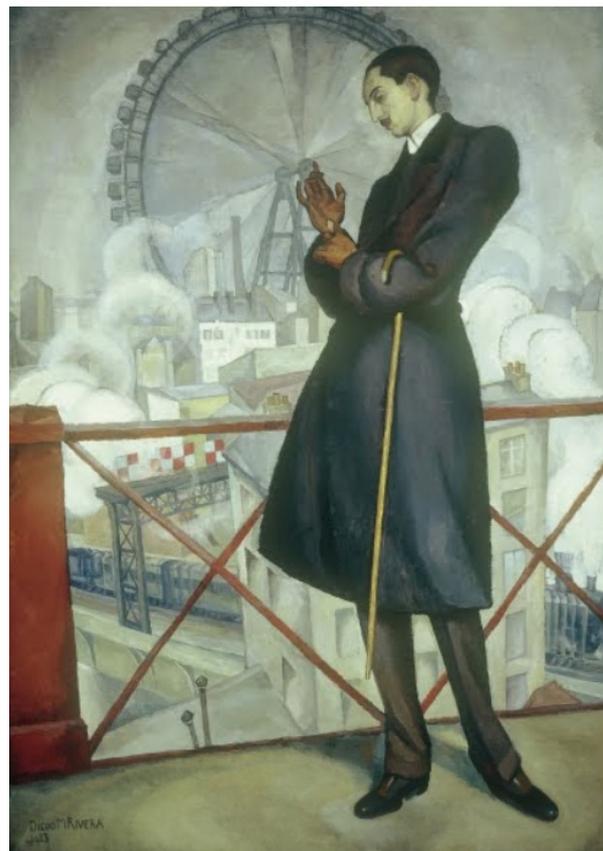
En 1913 Angelina Beloff participó en la Exposición de los Artistas Independientes de París, con tres obras, lo que denota que para este momento ya era considerada en el corazón de la modernidad como una artista con voz propia. El estallido de la Primera Guerra Mundial la sorprende en Mallorca, donde se encuentra pasando unos días con unos amigos, entre ellos está el que fue su maestro en París, Anglada Camarasa. En noviembre de ese mismo año está en Madrid, donde acude al Museo del Prado para copiar la obra de Tintoretto *Las vírgenes madianitas*. Volvió a París donde vivió el nacimiento y la muerte de su hijo Diego, fruto de su relación con Diego Rivera, trabajó tenazmente como aguafortista y recibió múltiples encargos para ilustrar revistas y libros. En 1932 se marchó a México donde murió en 1969. Cuando escribió sus memorias, en 1964, no había olvidado Toledo.



Beloff, Angelina: *Vista de Toledo*, dibujo a pluma, 1913. Reproducido en la primera edición de sus memorias publicada en México en 1986 por la UNAM



Portada del catálogo de la Exposición de la Sociedad de Artistas Independientes de 1913, París



Rivera, Diego: *Joven en el balcón. Retrato de M. Best*, óleo sobre lienzo, 1912. Museo Nacional Arte Mexico

NOTAS:

- 1 Gómez de la Serna, Ramón, "Riverismo", *Revista Sur*, 2 (1931) pp. 59-85.
- 2 Beloff, Angelina, *Memorias*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- 3 Beloff, A., *Memorias*, p. 28
- 4 Documento conservado en el Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública de México.
- 5 Valle Inclán, Ramón, "Las tres esposas", *El Mundo*, 6 de mayo de 1908.
- 6 Tristán (pseudónimo de Ramón Gómez de la Serna), "Chicharro y sus discípulos", *Prometeo*. mayo de 1909, p. 88.
- 7 Beloff, Angelina, *Memorias*, p. 34.
- 8 Rivera, Diego, *Mi arte, mi vida*, México: Editorial Herrero, 1963, p. 54.
- 9 Valle Inclán, Ramón, *La lámpara maravillosa*, Madrid: Artes de la Ilustración, 1917, p. 153.
- 10 Citado en Marnham, Patrick, *Soñar con los ojos abiertos: una vida de Diego Rivera*, Barcelona: Debate, 1999, pp. 93-94.
- 11 Beloff, Angelina, *Memorias*, p. 45.
- 12 Ídem, p. 44.
- 13 Se refiere a su gran amiga Alma Dolores Bastian, apodada *Moucha*, a quien conoció en sus primeros días en París. Moucha aparece en una hermosa pintura de 1914 de Diego Rivera, conversando con Angelina, pintura que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Arkansas bajo el título de *Dos mujeres*.
- 14 Testimonio de Angelina Beloff recogido por Ramón Gómez de la Serna en "Angelina Beloff", *Gil Blas*, 22 de junio de 1915.
- 15 Nelken, Margarita, "Una aguafortista rusa. Angelina Beloff", *Museum*, 1918, p. 315.
- 16 Nelken, Margarita, "El espíritu español de una artista eslava: La aguafortista Angelina Beloff", *Los lunes del Imparcial*, 19 de junio de 1921.